

OK
Ealy

CAPITULO QUINTO

La realidad puertorriqueña: la política

Políticamente el advenimiento del Partido Popular Democrático a la acción encontró en Puerto Rico un estado de realidad que, en forma general, puede separarse en tres partes: historia y movimiento de los partidos políticos y las ideas políticas, conceptos y maneras políticos de los líderes y el pueblo, el "status" político jurídicamente establecido de la Isla.

Gobernaba la coalición de los partidos Republicano y Socialista. Formaba la minoría un grupo de líderes que, de acuerdo con las elecciones precedentes, actuaban a nombre del electorado liberal. Antes de la Coalición había gobernado, transitoriamente, el Grupo de Buen Gobierno, entidad no electoral que organizó las cámaras al romperse, en medio de dos elecciones, el anterior gobierno. Ese anterior gobierno había sido el de la alianza de los partidos Unión de Puerto Rico y Republicano Puertorriqueño, estando entonces en la oposición la coalición, bastante homogénea en aquel día, de los partidos Republicano Puro y Socialista. Digo bastante homogénea, porque ni el Partido Republicano Puro ni el Socialista albergaban en su seno el predominio de los grandes intereses económicos. Antes de

eso había gobernado el Partido Unionista, estando en la oposición el Partido Republicano entero y el Socialista, por separado. Aun antes de eso había gobernado el Partido Unionista con un solo partido, el Republicano, en la oposición. El Partido Unionista había estado en el gobierno desde 1904, antes de lo cual había gobernado por cuatro años el Partido Republicano, con el Partido Federal, matriz del Unionista, en la oposición.

Antes de eso no había logrado De Hostos establecer la nueva vida pública bajo el régimen americano sobre la base de libre determinación del "status" político y acción de la vida pública con objetivo de buen gobierno. Antes de eso, lo que contribuyó a que se desoyera a De Hostos, la trágica división --trágica, no por división, sino por las maneras políticas que adquirió y por la falta de motivo fundamental. Antes de eso el Partido Autonomista, el retraimiento electoral, el componte, la asamblea del '87, el Partido Liberal Asimilista, el Partido Liberal Reformista. Ahí, en 1868, con el Partido Reformista, comenzó la organización de la vida pública en partidos políticos.

El "issue" principal del Partido Reformista era de carácter humano y económico: la esclavitud. El Partido Reformista abogaba por su abolición, con o sin compensación para los dueños de esclavos. Eran líderes de este partido José Julián Acosta, Román Baldorioty de Castro, Segundo Ruiz Belvis. Los conservadores de la época los tildaban de radicales. Decían que la abolición de la esclavitud traería el caos económico y social a Puerto Rico. Es maña de los conservadores de todas las épocas oponerse a las grandes reformas argumentando que el llevarlas a cabo desatará el caos. Después las grandes reformas se llevan a cabo. Y nunca se desata el caos. La actitud mental conservadora se parece a la de quien contemplara con terror el crecimiento de un niño porque después de grande no le va a servir la ropa. La abolición de la esclavitud se llevó a cabo. No sólo no trajo el caos, sino que se observó un aumento en la prosperidad y bienestar económico --aparte del aumento evidente en la prosperidad de conciencia de un pueblo que le ha puesto fin a un gran abuso humano.

Al Partido Reformista siguió el Partido Asimilista, ya más preocupado por cuestiones políticas --cuestiones de "status" político. Era la doctrina

principal de aquel partido la asimilación jurídica al resto de las provincias españolas: igualdad y uniformidad en las leyes que regían a toda la nación española. Esa era la "estadidad" de aquellos tiempos. Frente al Partido Asimilista, lo mismo que antes frente al Reformista y lo mismo que después frente al Autonomista, actuaban las fuerzas conservadoras del Partido Incondicional.

Al ^{Asimilista} ~~Reformista~~ siguió el Partido Autonomista, fundado con Baldorioty de Castro a la cabeza en la histórica asamblea de Ponce en 1887. La diferencia entre el Partido Asimilista y el Autonomista es la misma diferencia fundamental que en cuestiones de "status" político ha dividido el pensamiento de los puertorriqueños: igualdad absoluta con la metrópoli (asimilismo, estadidad) o "status" distinto de acuerdo con las necesidades intrínsecas de Puerto Rico (autonomía, independencia, comunidad libre, estado libre asociado). Pero es digno de notarse cuidadosamente que en aquellos tiempos esas dos tendencias fundamentalmente distintas, con motivaciones igualmente honradas, fueron sostenidas por los mismos hombres, mientras que en la época más reciente el contraste entre ellas ha producido una división profunda y larga de

pensamiento entre los puertorriqueños. Estas dos tendencias no fueron entonces objeto de lucha encarnizada entre un partido y otro. El Partido Autonomista no fué el opositor del Asimilista. Fué su sucesor. El Asimilista era partido de los Baldorioty, Acosta, Blanco.... El Autonomista era partido de los Baldorioty, Acosta, Blanco.... Muñoz Rivera, joven aún en Barranquitas, era líder local del Partido Asimilista y fué líder local del Partido Autonomista, tomando parte, como delegado, en la asamblea que lo fundó en el teatro "La Perla", de Ponce. Las dos tendencias políticas fundamentales producían entonces discusión, persuasión, evolución. Todavía no habían producido encono, odio, división. El "status" político no era todavía en aquella época fuente o excusa o racionalización de divisiones partidistas. Era objeto de consideración, pensamiento, análisis, conclusiones. Un grupo de hombres dirigentes sencillamente se convenció de la mayor sabiduría de un "status" político diferenciado según las condiciones especiales de Puerto Rico.

El Partido Autonomista fué el que, aunque con cambio de nombre al final, obtuvo la autonomía para

Puerto Rico en 1897 --autonomía que fuè política y económica.

De aquel período de nuestra vida pública son señalables, como instructivos, algunos datos. Toda la vida pública consistía de un grupo de ciudadanos distinguidos; el número de los que votaban era muy pequeño. Esto fuè así casi hasta la inauguración de la autonomía, bajo la cual hubo el sufragio universal con lo que entonces eran relativamente grandes masas de electores. Comenzó el período con un planteamiento predominantemente económico y humano --la abolición de la esclavitud. Prosiguió con un planteamiento económico-político --asimilación, autonomía política y comercial.

Entrando en el régimen americano, el aspecto político del problema cobró tremenda preponderancia en la atención pública mientras, subrepticamente, el aspecto económico iba cobrando potencialidad enorme, pero no admitida al recinto de la atención pública.

En lo que se refiere a los votantes, la evolución de toda nuestra actividad política, desde la fundación del primer partido, el Reformista, hasta el

triunfo del Partido Popular Democrático, puede condensarse como sigue: primero los votantes fueron grupos de personas distinguidas; después, cuando la autonomía, fueron electorado; entonces fueron transformándose, por el odio y el divisionismo, en tribus políticas; en 1940 comenzó la metamorfosis que convierte a los votantes en pueblo. Votantes distinguidos, electorado, tribus políticas, mercadería de electores, pueblo: esa es la historia en síntesis de la participación anónima en nuestra vida pública.

El grupo de votantes se convirtió en electorado por obra de la Carta Autonómica de 1897. El período turbulento de 1898 a 1904 envenenó las raíces de la próxima transformación. Hubo unas elecciones terribles que duraron cien días, turbas en 1900 y 1902, negación de derechos electorales, una confusión muy grande sobre lo que eran los americanos y las maneras políticas que era apropiado desarrollar bajo su régimen, el no haberle hecho caso al pensamiento plebiscitario de De Hostos que hacía la unidad admitiendo la diferencia de criterios, el no haber tenido De Hostos las facilidades para desarrollar su sistema de educación popular, que inició con comités rurales en Juana Díaz y Mayaguez, para adaptar al electorado a sus funciones de pueblo. To-

do esto contribuyó a convertir el electorado en grupos políticos donde los problemas quedaban sumergidos en el odio de los recuerdos militantes y donde la finalidad política --la finalidad en cuanto a "status" político-- cobró la característica de emblema para distinguir unos de otros a los que se odiaban por razones que nada tenían que ver con el "status" político.

Así, y a pesar del esfuerzo de ciudadanos responsables, como Muñoz Rivera y Barbosa, se fué intensificando el espíritu de tribu en la política del país.

Mientras esto ocurría, el sistema económico iba cambiando. El cambio de la moneda, el nuevo sistema jurídico, iniciaron esta etapa del proceso económico. Un ciclón ayudó en la transformación. A pesar de una ley previsorá, pero por largos años académica, del Congreso de Estados Unidos, el desarrollo de los grandes latifundios, como nueva organización en la tenencia de tierras, a base de las crecientes organizaciones corporativas, se desbocó con rienda suelta.

Muñoz Rivera y Barbosa. Barbosa y Muñoz Rivera.

Los barbocistas y los muñocistas --este era el drama que se desenvolvía en la atención pública. Y el menos barbocista era Barbosa y el menos muñocista era Muñoz Rivera. Pero el ambiente de muñocismo y barbocismo era tremendo. Yo me acuerdo. El Tiempo le decía a La Democracia. La Democracia le decía a El Tiempo. Muñoz Rivera y Barbosa repetidas veces trataron de evitarlo. No podían. El clima de animosidad política era canicular. El trópico de odios avasallaba.

Barbosa y Muñoz Rivera se abrazaban. Pero muchos de los partidarios de Muñoz Rivera creían que era que Muñoz Rivera le había jugado una baraja maestra a Barbosa, y muchos de los partidarios de Barbosa pensaban que era que Barbosa había puesto a Muñoz Rivera en un aprieto. El ambiente era tal que afectaba a los niños. Yo mismo, de tres años de edad, en brazos de Muñoz Rivera, en el balcón de la casa número 19 de la calle de La Fortaleza, al pasar una manifestación Federal, grité con el grito torpe de mi tribu: "¡Que muera Barbosa!" Muñoz Rivera me obligó a rectificar dando un "viva" a Barbosa. Pero lo hice en voz baja y de mala gana y como quien recibe

un castigo injusto y que no entiende. Para eso Muñoz Rivera no tenía influencia ni con su propio hijo de tres años. A Barbosa le pasaría igual. Mientras los puertorriqueños de ese modo se atacaban, se defendían, se despedazaban, una gran fuerza económica, silenciosa al amparo del estruendo político, iba atacando la economía puertorriqueña y despedazando la tierra de la heredad puertorriqueña.

Bajo ese clima de odios tenía --o parece que tenía-- que desarrollarse tarde o temprano la mercaduría de votos. El coraje crudo relegaba los propósitos e ideales, en lo que se refiere a la generalidad de las gentes, a términos muy secundarios. Lo importante para los republicanos era odiar a los unionistas, y viceversa. No era estar en desacuerdo con los propósitos enunciados del adversario político. No era qué propósitos se tenían en sentido programático o en tendencia de gobierno, sino estar en contra de los propósitos del adversario no tanto por la naturaleza de esos propósitos, sino porque eran, odiosamente, del adversario. Muñoz Rivera, Barbosa, otros líderes del período, no podían, como hemos visto, actuar eficazmente contra esto. Otros no podían y, además,

no trataban. Los pocos bomberos estaban asediados por los muchos que añadían ascuas a la piromanía de la pasión política. La misión genuina de los partidos políticos como portadores de un propósito y proponentes de ese propósito al pueblo se desvanecía, se hacía opaca, leve, remota, en contraste con el resplandor tremendo del coraje. Lo importante, para muchos, llegó a ser meramente ganar las elecciones, haciendo lo que hubiere que hacer y aunque costara lo que costara.

Y esta idea de "cueste lo que cueste" iba unida al desarrollo gradual, pero ineluctable, de grandes intereses de explotación que ya estaban empezando a acumular el dinero para pagar lo que costara. El financiamiento de los gastos corrientes electorales, que en ambos partidos había estado en manos de una clase media todavía próspera, fuè pasando insensiblemente, predominantemente, a manos del corporacionismo en auge expansivo. Según la clase media se empobrecía, el grupo del gran capital se enriquecía. El control de los medios financieros para hacer elecciones pasaba a sus manos. Los medios eran amplios, mucho más amplios que los de la clase media en su época

próspera: daban para mucho más que el mero funcionamiento legítimo de los trabajos electorales.

Unida esta creciente capacidad financiera para pagar costos a la pasión de ganar elecciones "cueste lo que cueste" y a la tendencia natural de los grandes intereses económicos de tener al Gobierno bajo obligaciones, se entiende claramente el desarrollo, casi involuntario, de la compra del voto, de la mercadería electoral. Así fué evolucionando este aspecto de la vida pública hasta el estado de hechos que encontró el Partido Popular Democrático al iniciar su campaña. Repitamos las etapas de esta evolución: pequeño grupo de votantes distinguidos, electorado, tribu política, mercadería. Y bajo el Partido Popular Democrático: pueblo.

Tal es la síntesis histórica de las motivaciones electorales en nuestra evolución política.

Paralelamente con el desarrollo de las grandes entidades capitalistas, Santiago Iglesias había estado organizando el movimiento obrero. En aquellos años --por 1903, 4, 5-- Muñoz Rivera había cooperado con Iglesias. En La Democracia de la época aparecía diariamente una columna escrita y firmada por Santiago Iglesias dedicada a la propaganda de organiza-

ción obrera.

El mismo dato económico destinado a producir el financiamiento político en grande escala, inevitablemente también iba produciendo una inquietud de justicia económica en la masa de nuestro pueblo. La marea iba cambiando otra vez. La historia de los partidos había comenzado, como hemos visto, con un planteamiento predominantemente económico --abolición de la esclavitud--; después fué cobrando énfasis la cuestión política en el asimilismo, en el autonomismo; en cierta época del régimen americano la cuestión política borró la cuestión económica. Y entonces, como fuerza vital que nadie puede ahogar, empezó a cobrar énfasis de nuevo, lentamente, la cuestión económica. La abolición de la esclavitud del hombre de color había dejado los problemas económicos en términos de menor importancia en la consideración pública. Después, simbolizado en la colaboración de Muñoz Rivera y Santiago Iglesias, se empezaba a ver que la opresión económica no había desaparecido para los hombres de todos los colores cuando desapareció para los hombres de color oscuro. Con el empuje de la realidad histórica volvía a surgir, envuelto en violencia y malos entendidos, el énfasis sobre los problemas económicos.

En 1912 se dió un paso vigoroso para ponerle fin a la consideración casi exclusiva del "status" político. En la asamblea del Partido Unionista celebrada ese año en Mayagüez Muñoz Rivera presentó un programa económico de alcances liberales que reconocía la validez de un número de críticas y propósitos socialistas. Ese programa fué aprobado por su partido. Antonio R. Barceló fué electo Presidente del partido, con el respaldo de Muñoz Rivera, para poner en vías de acción ese programa. Su realización envolvía gastos adicionales por parte del Gobierno. Se trató de buena fe de cumplir ese programa. Y en parte se cumplió.

Esto ocasionó una protesta grande, de proporciones suficientes, para poner en peligro la serie ininterrumpida de victorias unionistas. Relacionado con esto hay un factor instructivo que es éste:

Ya para esa época al Partido Unionista se le iba haciendo difícil imponer una proporción equilibrada de las nuevas contribuciones, necesarias para el programa, al gran capital. Una gran parte de esas contribuciones, en la legislación que hubo de hacerse al efecto, gravitaba sobre la clase media. La Ley de Patentes, que se hizo símbolo de la controversia, es el indicio de esa realidad. Se ve que la necesidad de

reformas se hacía sentir, que el movimiento obrero las exponía, que el liderato de mayor responsabilidad endosaba e iniciaba las reformas --pero que había llegado la influencia económica en la política a un punto de suficiente control para obligar a que una parte considerable del costo de las reformas fuese cargada no a los que tenían mayor capacidad económica para soportar esa carga, sino a la clase media.

Aquellos fueron tan sólo los comienzos de la traba, los primeros pasos hacia una vida pública en rehenes. No era por voluntad del liderato que se imponía la carga del modo señalado. No era un propósito perverso de recargar al que no era más apto para la carga. Era que ya se empezaba a hacer sentir la necesidad de la contribución económica del gran capital para gastos electorales que habían llegado a niveles más altos de lo que era públicamente conveniente.

De este modo también entró a funcionar la conjunción de fuerzas de la clase media aparentemente en solidaridad con el pequeño grupo del gran capital --aparentemente, pero realmente en subordinación al mismo y sirviéndole, sin darse cuenta, de parapeto, cortina

de humo, excusa y evasiva. Esta situación sólo la ha venido a clarificar el Partido Popular Democrático haciendo la unión de la clase media y la masa del pueblo.

Otro factor en nuestro sistema histórico de luchas políticas ha sido el de las alianzas y coaliciones. Surgió, con cierta lógica, de la reafirmación de la importancia de los asuntos económicos que venía expresando con su crecimiento el Partido Socialista, que había surgido del movimiento obrero iniciado por Iglesias. Lo que ni Muñoz Rivera ni Barbosa habían podido lograr --unir a republicanos y unionistas en olvido de odios y restaño de heridas--, lo logró Santiago Iglesias amenazando justicia.

Ya en 1919, tres años después de la muerte de Muñoz Rivera, Benigno Fernández García se había sentido compelido a declarar que la Legislatura, dentro de la cual él mismo luchaba por un avance decidido en justicia económica, estaba predominantemente controlada por las fuerzas del gran capital. El Partido Socialista, se creía, amenazaba esos intereses. Ya en 1920 hubo un amago de unión entre el Partido Republicano y el Socialista. Al acercarse las elecciones de 1924,

la posibilidad de que esa unión se realizara fué motivo determinante de que se realizara otra; la unión de la rama conservadora del Partido Republicano con el partido del poder, que era el Unionista. Se llamó la Alianza Puertorriqueña.

Esta conjunción, que desde el punto de vista económico era bastante razonable, causó mucho disgusto político. Mientras los grandes intereses ven los partidos como instrumentos para gobernar de acuerdo con su conveniencia, los partidos en sí todavía se sienten grupos apartes y especiales y les disgusta estar unidos a otros grupos, aunque esos otros expresen la misma tendencia de gobierno. Prefieren unirse a base de combinaciones, de conveniencias políticas mejor que a base de la lógica económica de los factores que representan. Los partidos del período intermedio de nuestra historia --el caracterizado por el crecimiento del gran poder económico-- saben que no son libres, pero les queda el prurito, el sueño, de sentirse libres, de actuar a base de su propio interés y sentido emotivo como corporación política, no queriendo, fútilmente, resignarse al yugo del corporacionismo económico. Tan cierto es esto que la unión lógica entre unionistas y republicanos de aquella época se debió

en gran parte, como apunto, a la posibilidad ilógica de alianza entre republicanos y socialistas de aquella época. Al dividirse el Partido Republicano sobre si entraba o no en la Alianza, los de la cáscara amarga, los que no entraban en tratos ni por nada del mundo con el grupo adversario tradicional, formaron el Partido Republicano Puro y se unieron al Partido Socialista. Como los grandes intereses económicos dejaron solo a este grupo Puro, su unión con el Partido Socialista cobró entonces características lógicas.

La misma Alianza, aunque estaba actuando claramente de acuerdo con las reglas más exigentes del determinismo económico, realmente no lo sabía y estaba más bien defendiendo, a su juicio, su poder político. Esto se observa en la tentativa de la Alianza de respetar el programa económico hecho por Muñoz Rivera en 1912 e iniciado por Barceló en aquella época --tentativa que le causó nuevas contiendas, como la Ley de Patentes antes, con lo que se llamó "Las Fuerzas Vivas", en las que estaban incluidos los elementos medios a los cuales había que recargar contributivamente porque políticamente no era factible poner la carga preponderante y proporcional sobre las grandes organizaciones capitalistas. El gran capital se defen-

día también, porque algunas de las cargas le tocaban, y prefiere que no le toque ninguna, y porque le parece siempre inusitado que un partido político en el poder no le sea enteramente dócil.

En 1928 la Alianza perdió bastante fuerza, aunque triunfó. Tal debilitamiento se lo debió en parte a su lucha con las llamadas "fuerzas vivas". Poco después la Alianza se rompía por motivaciones de grupos. El disgusto que siempre había existido en el Partido Unionista con la Alianza encontró camino para expresarse en acción. Al formarse, como resultado, el llamado Grupo de Buen Gobierno, que fué la Coalición fortalecida en su número y debilitada en su homogeneidad, por los elementos que soltó el rompimiento de la Alianza, ingresaron en la Coalición, por vía de dicho Grupo, los factores más fuertes del gran capital, y así quedó otra vez constituido el poder del gran capital.

En la nueva Coalición las fuerzas corporativas encontraron mayor seguridad que en la Alianza. Porque la Coalición, haciendo caso omiso del refrán, escarmentó en cabeza ajena; vio que no podía enfrentarse con la fuerza del gran capital, por mucho Partido Socialista que contuviera la Coalición. Esta manera de ver, desde luego, procedía de que peleaban a

base del mismo viejo plan de la compra del voto. Sobre esa base, era suicida pelear contra los que suministraban los fondos para comprar los votos. Saliéndose de ese plan, claro está, no era suicida. Pero eso nadie lo creyó hasta el día seis de noviembre del mil novecientos cuarenta.

La década del los '30 se inició políticamente, desde cerca de sus comienzos, con una contraposición de escarmientos: la nueva Coalición escarmentada, en cabeza aliancista, de lo que significa tratar de limitar el privilegio desenfrenado del gran capital; el Partido Liberal, sucesor del Unionista, escarmentado de alianzas, y bastante escarmentado de la política de tratar de servir a Dios en buena amistad con el diablo. Indicio de esto último fue el editorial "Hombres libres" escrito por mí y publicado en La Democracia el 14 de junio de 1932. Decía en este editorial el órgano del Partido Liberal:

Obtuvimos la victoria más grande que registren nuestros anales; contamos con el mayor número de confianza popular con que jamás haya contado partido político alguno en Puerto Rico; la victoria es tanto más legítima en cuanto que todas las fuerzas del fraude y de la acción gubernamental se arrojaron desesperadas a cortarnos el paso; la confianza del pueblo es tanto más genuina en cuanto no hubo incentivo económico para corromperla o falsearla; y por todas estas cosas somos

el único partido de mayoría en el mundo que representa enteramente y exclusivamente su propia conciencia y la confianza de sus electores y ni un solo interés fuera de esta conciencia y esta confianza. ...

"Por una conjunción de circunstancias el Partido Liberal ha sido convertido en el Tribunal, libre de toda traba, y de toda coacción, que durante los próximos cuatro años ha de adjudicar los veredictos de la justicia social en Puerto Rico."

Los indicios de su escarmiento los empezó a dar la nueva Coalición inmediatamente. Los continuó dando. Los está dando todavía. Los está dando ahora cuando ha tenido motivo para un nuevo escarmiento beneficioso al pueblo que ya ha demostrado no ser objeto de mercadería. Parece, sin embargo, que es más fácil escarmentar hacia el privilegio que hacia la democracia.

Estos dos escarmientos puertorriqueños actuaron colateralmente con un escarmiento más grande: el del pueblo americano, escarmentado, en una depresión económica terrible, del laissez-faire, del dejar hacer a las fuerzas desenfrenadas y autoliquidantes del capitalismo crudo. El líder de este ~~ew~~ escarmiento fue el presidente Franklin D. Roosevelt. Bajo su Administración se inició una era de liberalismo en Estados Unidos bajo el nombre de Nuevo Trato. Se iniciaron serias rectificaciones del sistema de explotación de Estados Unidos, se impulsó la reforma hacia la justicia y seguridad sociales, resurgió poderoso el derecho humano del pueblo frente al derecho de las concentraciones de propiedad, cesó la tendencia expansiva del imperialismo capitalista sustituida por la tendencia expansiva de la amistad democrática.

De los dos escarmientos puertorriqueños, el liberal era el más parecido al del Norte; el coalicionista era el más parecido al cocotazo reaccionario que había producido el escarmiento liberal en el pueblo americano. De tal suerte se hizo poder en Puerto Rico, en un día de noviembre de 1932, lo que exactamente en ese mismo día terminó en los Estados Unidos. Esa fué la pequeña tragedia de la Coalición, y la tragedia algo más grande del pueblo de Puerto Rico que había de ver retrasada su obra de justicia por diez años. La Coalición fué la retaguardia caridura de una época que terminaba. El liberalismo puertorriqueño fué la vanguardia, todavía un tanto confusa e incierta, de una época que ya madrugaba en el horizonte. Sobre esa línea de realidad marchó nuestra historia política durante una gran parte de la década.

La tendencia natural fué que las fuerzas liberales en el Norte actuaran en simpatía con las fuerzas liberales en Puerto Rico. Las fuerzas dinámicas tenían que chocar con las fuerzas estáticas al encontrarlas en su camino. La seria duda sobre la legitimidad democrática que deba atribuírsele a unas elecciones intervenidas con éxito por la corrupción monetaria del electorado gravitaba en igual sentido.

De tales datos históricos fué surgiendo la serie de acontecimientos políticos que ocupa un lugar demasiado reciente, e insuficientemente importante, en la crónica puertorriqueña para necesitar aquí descripción detallada. El nombramiento y remoción del gobernador Gore; el establecimiento de agencias federales de ayuda, inclinadas a un punto de vista liberal en el cumplimiento de sus funciones; el interés personal del presidente Roosevelt en los problemas de Puerto Rico; la idea y comienzo de un plan de reconstrucción económica --el Plan Chardón--; el nombramiento de un procurador general libre de toda traba con los grandes intereses para iniciar el litigio de las quinientas cuerdas, poniendo en vigor una vieja ley del Congreso que prohíbe a las corporaciones tener más de esa cantidad de tierra en Puerto Rico y que había sido siempre flagrantemente violado; el sabotaje por la Legislatura de entonces a esas medidas de justicia económica; los frecuentes encuentros entre el poder federal y el poder legislativo insular, en los que el primero defendía la aspiración del pueblo que no lo había elegido y el segundo se oponía a la aspiración del pueblo que lo había elegido --todo eso constituye la mera gesticulación de las fuerzas históricas más

hondas que se han señalado anteriormente. Más bien que constituir el verbo de la historia, fueron los ademanes que lo subrayaron. Aun en un microcosmo tan reducido como el de diez años se echa de ver con suficiente claridad cómo es que los hombres no hacen la historia, sino que la historia usa a los hombres, incluyendo la capacidad de ver, encauzar y orientar de los hombres a los que se llama libres.

Visto en esta luz, de que la historia se hace más de fuerzas que de hombres, lo acaecido hacia el final de la década en el seno del Partido Liberal se reduce a una mera confusión de ademanes: las fuerzas históricas siguen trabajando; los ademanes, brevemente, se confunden. De todos modos, yo soy un simple instrumento y servidor de la historia y ella no quiere que yo diga más de esto aquí. Parece que no cuadra con sus planes. A su debido tiempo, la historia designará dos o tres catedráticos que lo rebusquen, lo analicen, lo cuenten, lo discutan desde varios puntos de vista, y lo archiven.

Una parte básica de la realidad que encontró el movimiento Popular Democrático al emprender su tarea fue la cuestión del "status" político en Puerto Rico al mismo tiempo que la cuestión del "status" político de Puerto Rico. Hay una distinción verdadera entre

la actitud hacia el "status" político en Puerto Rico y la actitud hacia el "status" político de Puerto Rico. Algunos tienen en Puerto Rico actitud hacia el "status" político que realmente carecen de actitud hacia el "status" político de Puerto Rico. Ya más arriba se ha hecho referencia a cómo el apoyo a cierto "status" político es a menudo emblema para distinguir de un adversario a quien se odia, en vez de convicción sincera sobre cuál debe de ser la forma definitiva de organización política del pueblo puertorriqueño. Desde luego que por no estar resuelto el "status" político de Puerto Rico es que sus nombres se prestan para emblema de meras banderías.

Siempre han tenido existencia en Puerto Rico ideales políticos no expresados en los programas de los partidos. En tiempos de España se sabe que hubo un sentimiento continuo independentista. La revolución de Lares y las vidas de Betances y De Hostos, la muerte de Pachín Marín y de Ramón Marín Castilla en la manigua cubana, la presencia del general Rius Rivera y de numerosos otros puertorriqueños en las huestes de Maceo y Máximo Gómez en Cuba, las palabras de Muñoz Rivera al primer ministro español Sagasta, al decir que si no se resolvía la Carta Autonómica de Puerto Rico regresaría a la Isla por vía de Nueva York (donde estaba la Junta Revolucionaria

ría puertorriqueña y cubana), constituyen suficiente prueba. La independencia, sin embargo, en ningún momento se expresó en el programa de partido político alguno de aquellos tiempos. Después, bajo el régimen americano, ha habido momentos en que la independencia se ha expresado y momentos en que la independencia no se ha expresado en programa de partido político alguno. Ha habido momentos en que la autonomía se ha expresado y momentos en que no se ha expresado en programa político alguno. El ideal de que continúe el "status" colonial jamás se ha expresado en programa político. Sin embargo, sabemos que en todo momento ha habido partidarios de la independencia y de la autonomía. Y sospechamos la desgracia de que en todo momento ha habido partidarios mudos del colonialismo.

La división fundamental ideológica en cuanto a "status" político la hemos señalado más arriba: asimilación completa a la metrópoli, con derechos absolutamente iguales en su naturaleza, o diferenciación de la metrópoli en estructura de derechos iguales en grado y en dignidad, pero diferenciados en su naturaleza de acuerdo con las condiciones y necesidades especiales de Puerto Rico. Parece que esta división

fundamental tendrá que haberla, en programas o en conciencias, hasta el día en que el problema quede definitivamente resuelto por el pueblo de Puerto Rico mismo. Porque si se resolviera sin la determinación y consentimiento de nuestro pueblo --aunque se resolviera bien--, siempre quedaría latente el sentido en muchos de que no había obligación moral de acatar la decisión en la conciencia; y tal sentido sería el germen de futuras perturbaciones.

En su aspecto de mero emblema político, el movimiento Popular Democrático se enfrentó a la realidad de que la cuestión del "status" se usaba como señuelo de banderías, agravio (taunts) politiquero, banderín de enganche, cortina de humo, triquiñuela para distraer la atención de graves problemas inmediatos.

Si el movimiento Popular Democrático --movimiento para unir la voluntad de los que habían sufrido en sus vidas el zarpazo y desgarré de un sistema económico despiadado-- se rendía al deseo de los usufructuarios políticos y económicos de esa táctica, sería cómplice de ella y culpable de la división de su propia fuerza aún antes de empezar su lucha.

Adicionalmente, antes de cumplirse el tercer mes

de fundado el Partido Popular Democrático, las fuerzas de Hitler invadieron a Checoslovaquia, iniciando, ya claramente, el proceso que había de conducir a la actual guerra. Poco después, a principios de 1939, el presidente Roosevelt comenzaba a educar la opinión mundial en el significado hondo y decisivo de la guerra que se avecinaba. La posición del pueblo de Puerto Rico, en la geografía del mundo y en la geografía de la justicia y la esperanza, no podía ser de entorpecimiento ni a Estados Unidos ni a la causa democrática. El planteamiento del "status" político en tal circunstancia, fuere independencia o estadidad, habría de resultar embarazoso a Estados Unidos, cuyo Congreso, autoridad constitucional para decidir el "status", podía carecer de la suficiente madurez en su enfoque internacional para percatarse cabalmente de la significación en América de negarle a Puerto Rico una petición formal de solución de su "status", bajo cualquier fórmula que contuviera dicha petición. Lo importante no sería la fórmula, sino la negativa. Parecía cosa de la más elemental cooperación --el primer acto de cooperación que podía ofrecer Puerto Rico a la gran causa en que está envuelta su justicia-- el librar al presidente Roosevelt y su Gobierno de este riesgo diplomático.

Especialmente cuando la guerra en sí habría de pelearse a base de los derechos de los pueblos, según lo hizo patente después la conferencia del Atlántico entre Roosevelt y Churchill. Especialmente cuando la actitud de Puerto Rico, espontáneamente asumida a través de un movimiento que en aquel tiempo no tenía relación alguna con el Gobierno de Washington, constituía la más grande fuerza moral para solicitar y ganar soluciones definitivas al quedar liquidados victoriosamente los riesgos de la guerra. En esta última relación, suspender el "issue" político, en cualquier de sus formas, era construir la garantía moral de su solución en la forma que el pueblo mismo escogiera al ganarse los objetivos democráticos de la guerra.

Más honda y ancha fué esta otra realidad que encontró el movimiento Popular Democrático: un mundo en estado de transición, sintiendo ya la presión de la curva que, al rectificarse, habría de desembocar en un nuevo sentido de soberanía; un mundo al que la vertiginosidad del transporte habría de hacer cada día físicamente más pequeño, al acercarse a la velocidad del mundo mismo girando sobre su centro; un mundo que, al perder espacio material en términos de tiempo, habría de buscar compensación, para sobrevivir, en ensanchar

y ahondar el espacio de su espíritu en términos de entendimiento, de cooperación, de socialismo, de cristianismo; un mundo en que el pueblo --el pueblo del mundo-- habría de resguardarse contra el dolor y el desbarajuste y la barbarie que pudiera inflingirle el desenfreno de sus seis o siete docenas de soberanías; un mundo en el que, al hacerme un periodista de Washington la pregunta "¿Cuándo cree usted que Puerto Rico tendrá su soberanía?", podía yo ya contestarle, sin ser demasiado críptico, "Poco después que Inglaterra".